

Crónicas del fin

Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina

Libro I

EL CIELO ROTO

Prólogo

«Ojalá pudieras leerme la mente, Laura».

El sonido de un claxon lo trae de vuelta a la realidad. Alberto sacude la cabeza y avanza el coche un par de metros antes de que el atasco lo obligue a detenerse de nuevo. Está atrapado. El tráfico se cierra a su alrededor, lo encajona entre los edificios de la avenida principal. La circulación es lenta y espesa, se arrastra sobre lenguas de alquitrán. Laura está lejos y no solo en sentido físico.

«Si pudieras leerme la mente, todo sería más fácil».

Siempre ha tenido problemas para expresar sus sentimientos. Le parece impropio y desagradable, como hablar en público de sus partes íntimas. Laura siempre se ha quejado de su frialdad. Antes se lo echaba en cara a menudo, ya ni siquiera hay reproches.

Levanta la vista. El cielo se oscurece más allá de la línea de azoteas. Mira al salpicadero; son cerca de las siete. ¿Cuánto tiempo lleva en el atasco? Los segundos pasan como años, como vidas. Cada vez está más preocupado. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que cuando llegue, ella se haya ido. Que cuando abra el armario, su ropa ya no esté.

Comprueba el móvil, tirado en el asiento del copiloto como un bicho muerto: el vistazo número diecisiete. Ninguna notificación, ninguna respuesta a su último mensaje: un «te quiero» a la desesperada. Ese silencio antes no estaba allí: lo han construido entre ambos y se ha ido colando poco a poco por los resquicios de su vida en común hasta inundarlo todo.

«Si pudieras leerme la mente —piensa—, si supieras cuánto te necesito».

Un hombre pega la cara a la ventanilla. Alberto da un brinco en el asiento, sobresaltado. Es un vagabundo, un tipo enjuto, cadavérico, con el rostro envuelto en vendas y un solo ojo. Parece un espectro a medio consumir. Sacude varios paquetes de pañuelos de papel y Alberto niega con la cabeza. En la cara del hombre se intuye el final, aunque el final todavía esté lejos. La cercanía del vagabundo crea un efecto extraño en el cristal: su mejilla y su aliento dejan un espacio de vaho translúcido sobre la escarcha del vidrio.

¿Escarcha? Nota entonces el frío que entra por la ventilación del vehículo y por las ventanillas entreabiertas. Vuelve a mirar el salpicadero. La temperatura ha descendido más de veinte grados. ¿Qué está pasando? El vagabundo se aparta del coche. Tiene la piel azulada. Tirita, se abraza y mira hacia arriba, hacia el cielo. Alberto también está temblando. El frío se le mete bajo la ropa y la carne y le muerde los huesos.

En las alturas se oye una explosión y la ciudad retumba; es un sonido colosal, definitivo, el tipo de estruendo capaz de partir un mundo. «¿Una bomba, un ataque terrorista?», se pregunta y piensa en salir del atasco, maniobrar hasta la acera y pisar el acelerador rumbo a Laura. Comienza a reconocer sonidos tras el zumbido que se le ha instalado en los oídos: las alarmas de los coches, el ruido de cristales que se rompen, gritos. El termómetro sigue bajando. Ya está en diez grados bajo cero. Hace un frío imposible, tanto frío que quema.

Levanta la mirada, aturdido. Hay una grieta en el firmamento. Un gran desgarrón en las alturas que cruza el cielo de parte a parte. La gente en las aceras

grita y señala hacia arriba. El vagabundo está entre los coches, mirando hacia lo alto como una estatua congelada en una pose de pasmo. Varios conductores salen de sus vehículos, chillan.

«Quedaos dentro», acierta a pensar Alberto. No puede apartar la vista de la grieta. Sigue abriéndose allí arriba y algo parece moverse al otro lado.

«Laura, ¿estás viendo eso?».

Se oyen más explosiones y gritos. Intenta tranquilizarse, respira hondo y nota un dolor intenso en los pulmones. Un sinfín de sombras se precipita desde el cielo, una lluvia rápida y oscura. ¿Qué está cayendo? ¿Meteoros? ¿Proyectiles? ¿Los están atacando? Y el frío, el maldito frío... Los dedos se le están volviendo del mismo azul que el vendedor de pañuelos. Lo que cae se abre camino a través de la grieta. En un momento de delirio, Alberto se pregunta si la grieta se abre de norte a sur o de este a oeste. Laura solía reírse de su falta de orientación. «Te perdiste ese episodio de Barrio Sésamo», le decía. Y recuerda lo mucho que la ama, a pesar de que su sentido del humor es malo, facilón y a veces cruel. No quiere perderla. No, se dice, el final está lejos. Todavía muy lejos.

Las sombras caen del cielo. Oscuras, grasientas. Algunas tienen alas. Algo enorme choca contra un edificio cercano, una de las torres altas de la avenida. Una lluvia de ladrillos salpica el coche que está a la izquierda del Ford de Alberto. Una sombra trepa por la fachada dañada. Debe de ser una película, un sueño, un viaje de drogas. No puede estar pasando. La sombra trepadora es un escupitajo negro con patas largas articuladas y garras que atraviesan los ladrillos como si fueran de mantequilla. Arrastra tras de sí una cola bífida.

«Todo está bien, esto no es real. Si esa cosa tiene dos colas, no puede ser real». Y tampoco puede serlo la brecha en el cielo. Vuelve a fijar la vista en las alturas. Llueven monstruos. La gente echa a correr, algunos abandonan sus vehículos y huyen aterrados.

Una bandada de criaturas aladas oculta el cielo durante unos instantes. Sus alas son estrechas, membranosas, y vuelan arrastrando hilachas largas que bien podrían ser sus propios intestinos. Tienen cabezas enormes, con un hocico en embudo que termina en un único colmillo. Han abierto las puertas del infierno y el mundo se ha llenado de demonios.

Ve una mujer que corre entre los coches. Tiene dos cabezas, o eso cree él, pero entonces cae de rodillas al suelo y Alberto se da cuenta de que la segunda cabeza no es suya, sino de un ser deforme y negro, subido a sus hombros como un pajarraco grotesco. Está devorándola. La mujer no tiene fuerzas para chillar y Alberto grita por ella. Grita por el horror desmedido de la escena, grita de miedo. Y también grita porque la mujer se parece a Laura. Es un poco más baja, pero tiene el mismo color de pelo y viste la misma clase de ropa. La criatura arranca una gran porción de carne, unida a parte del cuero cabelludo. Lo traga a trompicones y vuelve por más. Todos huyen alrededor de la mujer y el monstruo; nadie se detiene a ayudarla. Cada uno vive sumido en su propia película, en su sueño, en su mal viaje de drogas.

Alberto cierra los seguros e intenta maniobrar para escapar del atasco. El vagabundo aparece de la nada y cae sobre el capó del Ford: le faltan la cabeza y buena parte de los hombros. El móvil suena. «Ahora no, Laura, ahora no. No te lo vas a creer, pero tengo un tío decapitado encima del coche». Da marcha atrás, embiste el vehículo a su espalda y el cadáver mutilado resbala sobre la carrocería,

dejando un rastro líquido y negro. El móvil deja de sonar. Alberto vuelve a golpear el coche detenido tras él en un intento de abrirse hueco. El monstruo continúa devorando a la mujer en un salpicar de sangre y astillas de hueso. Intenta no mirarlo, intenta no fijarse en esos ojos amarillentos que se derraman por una calavera negra, repleta de escarificaciones y espinas. Consigue al fin espacio suficiente para maniobrar entre los coches y, resoplando, gira el volante y enfila hacia la acera.

Un impacto brutal sacude al vehículo desde arriba. El techo se combe bajo el peso de lo que le ha caído encima. Alberto grita de nuevo, grita hasta que le duele la garganta, porque qué puede hacer sino gritar. El techo del Ford se rasga como papel. Contempla entre chillidos al nuevo engendro, un monstruo humanoide de color pardo que se asoma al interior del coche. No tiene ojos, solo una boca enorme y vertical en mitad de la cara, como una vagina repleta de dientes. No, dientes no: cuchillas. Alberto se orina encima, pero ni lo nota. La criatura se relame; su lengua es verde y está cubierta de pústulas.

El monstruo salta y Alberto aúlla. Es el final. Lo ve. Lo siente. Pero antes de que se produzca, antes de que esas garras hechas para trepanar, para eviscerar, cumplan su cometido, una mano corácea del tamaño del Ford se cierra sobre su atacante y se lo lleva por los aires.

Hay un gigante ahí fuera, un coloso del color de la bilis de cinco plantas de altura y cara de insecto, con la mayor parte de su esqueleto por fuera del cuerpo. Se lleva a la boca al espanto que ha reventado el coche y lo devora de dos mordiscos. Luego la mano desciende otra vez hacia el vehículo y agarra a Alberto. Siente como se le quiebran varias costillas, a él, que presumía de no haberse roto nunca nada. Grita y el gigante lo alza en el frío helado de este día vuelto noche, de este día que sangra una luz verdosa, extraña. Las fauces del coloso se abren y muestran una mandíbula de colmillos desordenados. Alberto ve al primer monstruo al fondo del paladar del gigante. Es un amasijo de carne a medio masticar, pero continúa con vida. Se arrastra tenaz por la lengua en busca de una salida, envuelto en jirones de su propia carne y órganos vitales.

La boca se cierra.

Ahora sí. Ahora sí es el final.

Uno

Winston parecía esculpido en roca negra. El galgo se había detenido en mitad del sendero, con el pelo encrespado y la vista fija al frente. No tardaron en oírse pasos a la carrera entre los árboles.

El monstruo irrumpió en el claro y Adra desenvainó el sable que llevaba a la espalda. Era un segador, una bestia acorazada de casi dos metros de altura. Saltó hacia ella sin dudar, sin pausa. La joven reculó para esquivar la acometida. Las cuchillas naturales del antebrazo de la criatura pasaron tan cerca de su cabeza que varios cabellos rubios salpicaron el aire. Ella se impulsó hacia atrás, cambió la espada de la mano derecha a la izquierda, la mano enguantada, y trazó un círculo con el arma, como si retase a su atacante a embestir de nuevo. El segador bramó y sus dos bocas paralelas se abrieron a un mismo tiempo para mostrarle los colmillos, pequeños y afilados, que brotaban de la masa amoratada de sus encías.

«Calma. Guarda la calma —se dijo Adra mientras volvía a cambiar la espada de mano—. Respira hondo y no te precipites». Su cuerpo se quejaba, agarrotado por la tensión.

El segador era un ejemplar enorme y estaba herido. Tenía perforaciones en el pecho y en un costado; de ellas brotaba un humo grisáceo, denso y maloliente. Adra sabía muy bien que no era fácil abrir brecha en la coraza de engendros como aquel; por eso mismo procuraba evitarlos. Se fijó en una herida concreta, muy cerca del corazón principal: el agujero en el exoesqueleto del monstruo tenía forma de estrella. Winston se dispuso a su lado con el sigilo de siempre. El galgo era grande para su raza y parecía aún más voluminoso por las dos alforjas que transportaba, una a cada flanco. Aun así, Adra sabía que Winston poco podía hacer en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con semejante alimaña. Mejor mantenerlo en retaguardia.

El segador golpeó el suelo con los puños, furioso, levantando grandes porciones de tierra y hierbajos.

«Sigue tu camino, bicho del demonio. Ya he terminado de cazar por hoy».

La criatura la miraba, inmóvil. Tenía los ojos enrojecidos, con la esclerótica amarillenta repleta de venas reventadas. Parecía ido. Adra comprendió que agonizaba. Los finos seudópodos que rodeaban los labios del monstruo se erizaron un segundo antes de atacar. Se impulsó hacia ella alzando ambas zarpas, como si pretendiera abrazarla y estrecharla contra su pecho. Allí todavía se veían pedazos de sus últimas víctimas. Los segadores clavaban a sus presas en las espinas que cubrían sus cuerpos y las dejaban ahí hasta que adquirirían un grado de podredumbre a su gusto.

Adra atacó al mismo tiempo. Sabía que solo tendría una oportunidad. Dirigió la estocada hacia la carne que asomaba en la brecha entre esquirlas de coraza; el sable se hundió en la herida hasta media hoja. Retiró el arma al momento, entre salpicaduras de sangre y humo. El segador abrió sus bocas en una mueca extraña, como si no se creyera su propio final. Con un último espasmo consiguió golpear a Adra en el pecho; por suerte no fue con las cuchillas o el golpe la habría partido en dos. Retrocedió aturdida, sin respiración. Winston, como un rayo, se interpuso

entre su adversario y ella, pero ya no hacía falta. Las rodillas del segador se flexionaron hacia atrás y se desplomó.

El galgo alzó la cabeza y olfateó, alerta ante posibles nuevas amenazas. Los segadores solían actuar en pareja, pero no había ni rastro del compañero de su atacante. Adra limpió la hoja de su espada contra la hierba pajiza primero y, después, con un pañuelo que sacó de un bolsillo de su mochila. Lo hizo con la mano enguantada, poniendo mucho cuidado en no mancharse. Cuando el pañuelo comenzó a humear lo dejó caer. La hierba, ya amarillenta, se volvió marrón al contacto con la sangre del segador. Adra pensó en los cazadores del bastión Atalaya, que luchaban con criaturas como aquella por deporte. Negó con la cabeza, incrédula.

Se acercó al cadáver y se acuclilló a su lado al tiempo que se cubría el rostro con el cuello de su camisola. El olor era inaguantable, como respirar carroña. No sabía cómo podía soportarlo Winston. Por norma general, el sentido del olfato de los galgos era bastante malo, pero aquel perro, como ella, era una rara excepción. Y eso les había salvado la vida en varias ocasiones.

Adra examinó las heridas del monstruo. La mayoría eran de arma de fuego, pero las quemaduras color óxido de un costado procedían a buen seguro de un ensalmo. Rodeó el cuerpo y, en su espalda, muy cerca de la columna vertebral izquierda, encontró un proyectil clavado en la coraza que no había llegado a explotar. Era una esfera plateada, recubierta de garfios, con un gran símbolo grabado en su centro: una cruz negra con una cruz blanca inscrita en su interior.

—Cruzados —murmuró. Winston gimió muy bajo, como si compartiera su sorpresa.

Era imposible. Aquellos dementes no se arriesgarían a acercarse tanto a Testamento, no después de lo que había ocurrido hacía cinco años.

Cerró los ojos y se forzó a respirar despacio.

«Cálmate. No pierdas el control. Tranquila. Haz lo que tienes que hacer, preocúpate después».

Adra extrajo su cartera de útiles de la alforja izquierda de Winston. Los segadores no estaban entre sus piezas de caza habituales y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Sacó una jeringuilla y tres cápsulas. Cargó la jeringa, la deslizó por debajo de la coraza del segador y llenó la primera cápsula de sangre. Cambió de aguja, la clavó en el saco de testículos que colgaba entre las piernas del monstruo y le extrajo una buena cantidad de esperma. La tercera cápsula la llenó de orina. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría dedicado más tiempo al cadáver del segador, pero había cruzados cerca y eso la inquietaba.

Se levantó después de devolver los viales y la jeringuilla a la alforja. Se aproximó al punto entre los árboles por donde había irrumpido el monstruo. El rastro que había dejado era claro: huellas en la hierba, ramas tronchadas, cercos de vegetación muerta allí donde había caído la sangre... No hacían falta grandes dotes de rastreo para seguirlo. Adra miró hacia el este: en esa dirección, a unos veinte kilómetros de distancia, estaba Testamento, el bastión al que se dirigía antes de que el segador la interrumpiera. Las huellas iban en sentido contrario. Resopló. Alejarse de Testamento y del cinturón de seguridad que lo rodeaba era una llamada al desastre. Adra lo sabía. Y no le quedaba más remedio que seguir aquel rastro.

—Winston, ven. —Echó a andar.

El galgo la siguió en silencio. Nunca ladraba, apenas gruñía. Llamar la atención en aquel mundo solía estar penado con la muerte y los instintos de Winston eran excelentes.

Adra avanzó entre la vegetación, tan atenta a su entorno como al rastro del segador. Un árbol vivo le cuchicheó algo en la distancia, pero no le prestó atención, estaba demasiado lejos como para caer bajo su influjo. La luz del atardecer se abría paso entre las ramas y espolvoreaba de tonos dorados su camino. El bosque olía a muerte añeja y a aguas estancadas.

Llegó a un pequeño desnivel del terreno y la vista a su izquierda se abrió, liberada de la barrera natural que formaban los árboles. Pudo contemplar las ruinas de la urbe cercana. Los edificios que no se habían venido abajo se alzaban en el crepúsculo como tumbas gigantescas, monumentos a un mundo desaparecido. Un rascacielos de cristal sobresalía en el centro de la ciudad muerta, recubierto por la telaraña babosa de un arcnonte. En la distancia, Adra pudo distinguir el esqueleto de un gigante de extremidades múltiples adherido a la red. Un sinfín de automóviles se oxidaba en las carreteras, entre légamo y asfalto fundido. Las ciudades muertas eran peligrosas, no era inteligente entrar en ellas. Adra había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

Comenzaba a notar el frío del anochecer y la luz se tornaba rojiza. Corría viento, ese viento helado que mordía, que se metía hasta en las ganas de vivir. Winston iba delante, olfateando el terreno; ella caminaba rápida tras él, algo encorvada para evitar las ramas de los árboles.

Miró de nuevo hacia el este. Cada vez estaba más lejos del bastión del duque Rocal y cuanto más se alejara más peligro correría. Debía extremar las precauciones, pero era inevitable que una parte de su mente la llevara de vuelta a su pasado. Era inevitable que recordara Suel, el pueblo donde había nacido, el pueblo que los cruzados habían arrasado cinco años atrás. Recordó el olor candente y pegajoso de la carnicería. Recordó a su madre, destrozada por un ensalmo. Inspiró con fuerza.

«Respira, Adra, respira. Es importante que estés tranquila».

Después de diez minutos de marcha encontró los cuerpos. Varios carroñeros se estaban dando un festín con ellos. Eran criaturas mestizas, arañas mutadas con aspecto de cangrejo y escorpión, y cuatro pares de ojos dispuestos en vertical. Varias huyeron al verla, otras estaban demasiado ocupadas con sus presas, arrancando carne con sus pinzas. Adra las espantó a patadas.

Los cuerpos de los cruzados se disponían alrededor de otro segador muerto. Eran tres; distinguió los emblemas, la cruz negra y la cruz blanca. Su madre le había dicho que en el pasado habían existido muchos tipos de cruces, pero ella solo conocía esas dos y todavía apretaba los puños cuando las veía.

Estudió el lugar con Winston a su lado; la peste a putrefacción era insoportable. Por las pisadas y las huellas, Adra comprendió que se trataba de un grupo amplio, de entre quince y veinte efectivos. ¿Qué harían tan cerca de Testamento? Tenía que averiguarlo. Igual que tenía que averiguar si Absalón, el primado que guiaba la hueste que arrasó su pueblo, estaba con ellos. Era una posibilidad ínfima, ridícula y aun así... Contempló los cadáveres y torció el gesto. Estaban demasiado destrozados para sus propósitos. Ni siquiera tenían cara. Cayó en la cuenta de que la postura del segador era extraña: parecía doblado. Se

envolvió la mano derecha en un trozo de tela y usó ambas para tirar del brazo del monstruo. Adra era fuerte, pero el cadáver del engendro pesaba lo suyo. Le costó gran esfuerzo desplazarlo y darle la vuelta.

Bajo el segador había otro cruzado. Las espinas del monstruo lo habían perforado, pero su cabeza estaba intacta: serviría. Adra se acuclilló junto al cuerpo y se quitó el guante izquierdo. La mano que quedó a la vista estaba despellejada, recubierta de sangre seca; podía intuirse el entramado venoso entre los músculos y tendones. Arrancó la cota de mallas al cadáver y le desgarró la túnica para después colocar la palma de su mano sobre el corazón.

Este volvió a latir al instante.

Dos

Los ojos del cruzado parecían querer salir de sus órbitas. El hombre escupió un cuajarón de sangre y, en un solo movimiento, intentó levantarse y quitarse a Adra de encima. Ella no soltó su presa; se inclinó sobre él, puso una rodilla en su pecho para evitar que se incorporara y lo aferró de las muñecas con ambas manos. La izquierda estaba ahora cubierta de sangre fresca y emitía una leve fosforescencia esmeralda.

Acercó su rostro al del resucitado.

—Céntrate, cabrón, céntrate —susurró—: Sé que es difícil, pero necesito que te centres. Cuanto antes acabe esto, mejor será para los dos.

Winston miraba en silencio, inmóvil, sentado junto a un cadáver. Los envolvía una calma espesa, una quietud de bosque muerto. Adra sacudió al hombre, pero este no terminaba de volver en sí. Se preguntó si su cerebro estaría demasiado dañado como para traerlo de vuelta. De la boca del cruzado salía un ruido inidentificable, una especie de quejido grave.

—Voy a hacerte dos preguntas —dijo Adra. Vocalizó con cuidado—. Sé sincero y todo acabará rápido, ¿de acuerdo?

El hombre detuvo su lamento y por fin pareció consciente de su presencia. Tenía la mirada velada por el desconcierto y el miedo. Habló a duras penas, como si no recordase cómo utilizar la boca:

—¿Qué...? ¿Quién...?

Miró hacia arriba, atraído por el resplandor de la mano izquierda de Adra. Se revolvió al verla, espantado, y Adra hincó todavía más la rodilla en su pecho. El cruzado chilló de dolor. Su cuerpo comenzaba a responder. Aun en su desesperación, o quizá gracias a ella, fue capaz de rebelarse.

—¡Apártate de mí! ¡Apártate!

Gritó, furioso y se sacudió con todas sus fuerzas. Adra apretó los dientes, le soltó una muñeca, desenvainó el sable y colocó el filo bajo su garganta.

—Dos preguntas —insistió—. La primera: ¿qué hacéis aquí?

El cruzado la miró con extrañeza. O no comprendía la pregunta o no quería responder.

—Necesito que entiendas lo grave de la situación —le dijo Adra—. Estabas muerto y te he resucitado. Pero tu vuelta a la vida tiene truco: vas a convertirte en un monstruo.

—¿De qué estás hablando, bruja? ¡Déjame! ¡Déjame!

—Estás en plena transformación necrótica. Por eso duele tanto. Tu cuerpo está cambiando. Dentro de unos minutos dejarás de ser humano.

—¡Solo estoy herido! —Bajó la vista y descubrió las laceraciones que le abrían el pecho. Luego miró alrededor y vio lo que quedaba de sus compañeros.

—¿Solo herido? —Adra tiró de una de las manos del cruzado y se la enseñó. Las uñas, negras como el pecado, habían crecido un par de centímetros y la piel comenzaba a adquirir un tono verdoso—. Te queda poco tiempo, ya lo ves. Responde rápido si quieres que acabe con esto.

—¿Qué me has hecho? —chilló el cruzado. Su rostro se retorció en una mueca de dolor intenso. Adra no quería ni imaginar su sufrimiento. Debía de ser como

romperse por dentro—. ¡Duele! ¡Duele! ¿Por qué duele tanto? —Se contorsionó en el suelo—: ¿Qué me has hecho? ¡¿Qué clase de monstruo eres?!

—Uno con el que te conviene colaborar —contestó—. Soy tu única esperanza. Solo yo puedo evitar que te transformes. No puedo salvarte la vida, pero puedo darte un final misericordioso. Dime por qué estáis aquí.

—¡Un nido! —contestó al fin, aunque más que una respuesta pareció un insulto—. ¡Buscábamos un nido!

—¿Un nido? ¿Un nido de qué?

El cruzado se tragó un grito. Sus mejillas habían comenzado a hervir. Dio una nueva sacudida en el suelo y luego se relajó. A pesar del dolor, encontró fuerzas para sonreír.

—Un nido de contaminados como tú, zorra. —Una vez más intentó incorporarse, sin éxito. Adra hizo más presión con la rodilla en su pecho. Era pequeña y ligera, pero al cuerpo destrozado del cruzado no le quedaban fuerzas.

—Si no respondes, dejaré que te transformes —le advirtió—. Formarás parte de las huestes de los leviatanes. Serás uno más de su ejército. ¿Eso quieres? ¿Convertirte en lo que odias?

El cruzado temblaba. Tenía la barbilla y el cuello manchados de sangre. Alzó la vista hacia las ramas desnudas y la luz de la tarde que moría. Allí en lo alto se intuía la inmensa grieta negra que partía los cielos. Cuando Adra comenzaba a asumir que no iba a conseguir más información, el hombre habló:

—Es una misión de exterminio. —Jadeó—. Tenemos informes de que alguien está experimentando con contaminados muy cerca de aquí. Más allá del bosque. Hacia el oeste.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—¿Esa es la segunda pregunta?

—Qué gracia. Responde, te queda poco tiempo.

Como para subrayar aquella urgencia, el hombre sufrió una nueva convulsión, más larga. Su barbilla comenzaba a afilarse a medida que el hueso crecía. Se esforzó por continuar. Hablaba cada vez más deprisa.

—Capturamos un esclavo. Esos herejes juegan con contaminados y luego los venden. Dimos con uno que había matado a su dueño, que había escapado. Una rata de piel blanca, con los ojos rojos y garras. Un hijo del diablo.

Adra rio.

—Seguís pensando que todo esto tiene que ver con Satanás y con vuestro viejo dios. —Levantó también la vista hacia la grieta—. Hay nuevos dioses en el mundo. Y no tienen nada que ver con los antiguos.

El cruzado no replicó.

Adra lo miró a los ojos. Intentó ignorar el hedor, el burbujeo del cuerpo en metamorfosis, la visión de la carne en pleno cambio. Carne herida, carne verde, carne cada vez más descompuesta. Estaba acostumbrada a la muerte y el horror, pero todavía la estremecía contemplar aquellas transformaciones. Sobre todo porque era ella quien las provocaba.

—Ahora viene la segunda pregunta —dijo—. No te preocupes. Es sencilla. ¿Hay algún primado con vosotros?

Para su sorpresa, el hombre respondió sin titubear:

—Sí, nos comanda el hermano Bautista —dijo—. Él nos ha traído hasta aquí. Él nos guía, él nos conduce. Y él te destripará.

—No si yo lo destripo antes —dijo ella. Habría sido mucha casualidad que fuera Absalón.

A pesar de su sufrimiento, el cruzado recogió su comentario con una risotada:

—¿Tú? ¿Destripar al primado Bautista, tú?

Adra se incorporó y le pegó una patada entre las piernas. El hombre aulló. Las botas de Adra eran duras y pesadas, con puntas de acero. Se arrepintió al instante: aquel golpe no era propio de ella. «Calma, guarda la calma. No te dejes llevar».

El cruzado gimió en el suelo. Miró a Adra y pareció a punto de insultarla de nuevo. De pronto su expresión cambió. Alzó las palmas de sus manos ante su rostro y contempló el bullir de la nueva carne que sustituía a la vieja. Esta parte siempre era igual: el momento en que realmente se daban cuenta de lo que les esperaba, de que solo Adra podía evitarlo.

—He contestado a tus preguntas —dijo el cruzado—. ¡He hecho lo que querías! Haz que pare.

—Cada vez duele más, ¿no es así? —preguntó ella—. Va a ser una fiesta cuando tus órganos empiecen a cambiar. Tal vez me quede un rato a verlo.

—Por favor —suplicó el hombre. Parecía a punto de echarse a llorar—. No quiero ser uno de vosotros. No quiero convertirme en algo como tú.

Adra lo decapitó de un solo mandoble, un tajo rápido de izquierda a derecha.

—No tienes ni idea de lo que soy yo.

El cruzado ya no pudo responder. La cabeza la miraba, con aspecto sorprendido, a escasos centímetros del resto del cuerpo. La muerte había detenido la transformación.

—No se merecía un final tan rápido —murmuró—. Supongo que me estoy ablandando.

El galgo la miró como si comprendiera. Adra estaba segura de que sí, de que el perro la entendía. A veces pensaba que era el único que lo hacía.

Más allá del bosque, hacia el oeste; o eso había dicho el cruzado. El sol bajaba y Adra se cubrió la vista con la mano buena. La mano humana. Se puso el guante en la izquierda y se incorporó.

Echó a andar con Winston a su lado, ágil y elegante pese a las alforjas abultadas. Caminó en la dirección señalada, aunque las indicaciones del resucitado le hacían poca falta. El rastro de los cruzados era más que evidente.

Antes de que pasaran diez minutos, comenzó a llover.

.....

Adra se asomó a la ventanilla de tela de malla y contempló el exterior, bañado de una luz tenue, cada vez más escarlata. No era una tienda de campaña cualquiera. Su tela protegía contra la radiación de baja intensidad, era ignífuga e impermeable y, lo más importante en aquel momento, evitaba que los parásitos de la lluvia la devoraran.

Su madre le había hablado de un tiempo anterior, un tiempo casi legendario, en el que la lluvia solo era agua. Sucia, a lo mejor, pero solo agua. No mordía. Eso también había cambiado.

Vio caer a los comecarne tras la malla; aunque diminutos, eran capaces de engullir a un ser humano en apenas unos segundos. *Pirañas de las nubes*, las llamaba su padre, y se reía cuando lo decía, como si fuera el mejor chiste del

mundo. Eran minúsculos, pequeños escarabajos con protopatas de sierra y colmillos afilados. Adra se arrebujó en su capucha y se pegó más a Winston. «¿No hay nada en esta tierra que no sea carnívoro, tóxico o letal?», se preguntó. Quedaba muy poco de las viejas razas, de los perros, de los caballos, de los propios humanos... Y lo que quedaba se había vuelto taimado, dispuesto a lo que fuera para sobrevivir. De nuevo pensó en su padre, en aquella risa inocente. ¿Cómo había podido existir alguien tan despreocupado, tan feliz y optimista, en un mundo como aquel?

—¡El amor, Adra! —solía gritar su padre. Y lo gritó poco antes de desaparecer, antes de que lo perdieran de vista para siempre—. ¡El amor nos sigue haciendo felices!

—Menuda idiotez, papá —se dijo, por enésima vez.

Winston apoyó el morro sobre su hombro y ella le acarició la cabeza.

Poco después la lluvia escampó.

Era hora de cazar cruzados.

Tres

Adra dio con el lugar donde los cruzados se habían guarecido de la lluvia hambrienta. Quedaba a la sombra de un promontorio cubierto de árboles muertos, que se elevaba en el bosque como una mano de tierra. Se acuclilló en el suelo embarrado. Había huellas de postes aquí y allá; marcas en el suelo como código en un idioma ajeno: debían de haber improvisado algún tipo de techumbre en cuanto comenzó a llover. En los charcos de agua sucia todavía se retorció algún comecarne. Cogió uno entre dos dedos, lo partió por la mitad y sorbió la carne del interior. Eran comestibles si su muerte era reciente. Y ricos. Abrió otro para Winston.

El perro la ignoró; olisqueaba de aquí para allá con el hocico casi en tierra, sin acercarse a los parásitos que seguían con vida. Todavía en cuclillas, Adra examinó el terreno. Su madre le había enseñado todo lo que sabía sobre huellas. Y era mucho. Recordó las largas caminatas que habían dado juntas alrededor del pueblo: «Mira, Adra, esta es la pisada de un birloche, esta es una huella de doblelobo, esta de segador...».

Su estimación en el claro había sido correcta: todavía quedaban doce o trece cruzados vivos, quizá alguno más; una cantidad nada desdeñable. Se arrepintió de no haber sacado más información al que había resucitado. «Mal, Adra, mal». ¿Con qué equipo contaban? Por lo que sabía, al menos llevaban lanzaensalmos. Y si había interpretado bien el símbolo grabado en la coraza de uno de los cadáveres, había artilleros en sus filas, lo que implicaba armamento pesado. ¿Tendrían cohetes? ¿Lanzallamas? Quizá lo más sensato sería regresar a Testamento y contar lo que había descubierto. Sacudió la cabeza y desechó la idea. Los hombres del duque no llegarían a tiempo. Eso si conseguía que Rocal le hiciera caso. En su último encuentro no se habían despedido en los mejores términos.

Resopló y se incorporó. Las huellas continuaban hacia el oeste. Llamó a Winston con un silbido corto y reanudó el camino. El perro le pisaba los talones. Su cuerpo esbelto rozó las piernas de Adra y el contacto le hizo recordar algo, no supo bien qué.

El paisaje era desolador. Siempre lo era en los límites del bosque; ahora más tras la lluvia de parásitos. Buena parte del terreno estaba cubierta por una alfombra de comecarne muertos, solo continuaban con vida los que permanecían sumergidos en los charcos de lluvia; los esfínteres que tenían por boca se abrían y cerraban, desesperados por alimentarse. Recordó algo que solía contar su madre. Algo sobre la vida media de la mariposa y de la mosca doméstica. Siempre se había preguntado qué era una mariposa. Moscas había a raudales.

En su camino se encontró con los esqueletos de las criaturas que no habían podido escapar a tiempo de la lluvia asesina. La mayoría pertenecían a animales pequeños; los huesos estaban mondos. Los comecarne eran metódicos, eso había que concedérselo. La tierra alrededor de los esqueletos estaba removida. Los parásitos que habían tenido la fortuna de alimentarse se habían enterrado en el suelo y allí, a resguardo de depredadores, mutarían. La mayor parte no sobreviviría a la tensión del cambio, pero unos cuantos lograrían completar su

ciclo y se convertirían en nuevos horrores de aquella tierra arrasada. Tras cada tormenta orgánica se gestaba una nueva generación de monstruos.

Adra miró arriba. A lo lejos flotaba la mole inmensa de un leviatán, cubría medio cielo y sus límites se perdían más allá del horizonte.

Volvió a escuchar la voz de su padre. En su memoria siempre iba corto de aliento, con paso ligero y entusiasmado, cargado de una cesta de hortalizas o con algún saco de bichos deshechos a cuestas:

«Nos ha tocado vivir en un mundo extraordinario, Adra querida. No te preocupes: todo irá bien. Todo irá bien, porque estamos juntos».

Lo había dicho con esa expresión risueña y optimista que tanto la irritaba a veces. Su padre había tenido razón: todo había ido bien (o no demasiado mal) hasta que él desapareció. Luego llegaron los cruzados y lo arrasaron todo. Adra nunca diría que vivían en un mundo extraordinario, diría que vivían en un mundo de locos, en un mundo de mierda, y si alguna vez se le olvidaba solo tenía que contemplar su mano enguantada para recordarlo. Para los cruzados y otros muchos, ella era un monstruo, una criatura no muy diferente a los engendros que habían llegado a través de la grieta o a los seres que los leviatanes generaban de manera espontánea. No era cierto: los contaminados no eran monstruos, los contaminados eran, simplemente, gente con mala suerte, personas que, como la tierra que habitaban, se habían visto afectadas por la magia nociva que los colosos del cielo habían traído consigo. Al menos ella podía camuflar su deformidad y pasar desapercibida; a algunos los asesinaban nada más nacer; otros, como su mellizo, morían por culpa de las mutaciones.

Según el cruzado muerto había un nido de contaminados un poco más adelante. Un lugar donde experimentaban con ellos y luego los vendían como esclavos. Esa era la otra cara de la moneda: unos aborrecían a los contaminados, otros los deseaban. Los burdeles de Arenga estaban llenos de ellos. Los barones también los tenían en alta estima; los compraban como guardaespaldas o como soldados para sus ejércitos. Adra odiaba a los esclavistas casi tanto como a los cruzados.

«Sería maravilloso que se mataran entre ellos», se dijo. No iba a tener tanta suerte, eso seguro.

La noche era profunda, pero a Adra no le importaba. Veía en la oscuridad como si fuera de día: otro de sus dones de contaminada. Pero no le hacía gracia avanzar por los bosques de noche, viajar en la oscuridad era arriesgado, sobre todo tan lejos de Testamento. En otras condiciones, habría buscado el refugio de alguna rama alta, habría dormido allí junto a Winston a salvo en su arnés, pero sospechaba que los cruzados no pensaban detenerse.

Los árboles raleaban, la tierra era árida y seca, pedregosa. Pasó muy cerca del esqueleto fosilizado de un gigante de zarpas grandes, con una sola cuenca en mitad del cráneo. Alguien había grabado símbolos indescifrables en los huesos blancos. Adra olfateó, pegó el oído al suelo: no había rastro de magia allí. Aun así se alejó deprisa.

Poco después vislumbró las ruinas. Era un edificio antiguo, hecho pedazos, semiculto tras una hilera de árboles que se apostaba en el terreno como un pelotón de ejecución a la espera de órdenes. Winston y ella se acercaron con cautela, escudados entre los árboles y la maleza. En el pasado, el edificio debió de ser un gran barracón, con cúpulas en el techo y una torre al este.

La torre era ahora un montón de escombros y buena parte de la fachada del edificio se había venido abajo. Los restos oxidados de una verja rodeaban el lugar. Adra se acuclilló entre los árboles, palmeó el lomo de Winston y sacó un catalejo de su mochila. Lo extendió y examinó el edificio y sus alrededores. Las ventanas de la fachada parecían gritos silenciosos clavados en el muro; la puerta principal, un portón doble rectangular, esperaba entreabierta y entre ambas hojas distinguió el brazo extendido de un cadáver.

Contó hasta mil mientras examinaba el edificio. Nada se movía. Prestó atención. Tampoco se escuchaba ningún sonido más allá del viento que susurraba entre los cascotes y las ramas desnudas.

Se incorporó y avanzó a paso rápido, algo inclinada, hasta el basamento metálico de la verja. Tras unos instantes de quietud, corrió hacia la torre en ruinas. Winston fue tras ella, silencioso como una sombra.

Desenvainó el sable y contó hasta mil de nuevo, acuclillada entre los cascotes. Luego corrió hacia la puerta, desviando la mirada de cuando en cuando hacia las ventanas de la fachada destrozada. Nadie dio la voz de alarma ni intentó detenerla.

Llegó hasta el portón y se escudó tras la hoja izquierda. Winston se pegó a ella, la respiración del perro a su lado la tranquilizaba. Arriesgó un vistazo al interior del edificio. La puerta conducía a un recibidor amplio, con las paredes cubiertas de runas multicolores, y a unas escaleras que comunicaban con los niveles inferiores de la estructura; había desaparecido un tramo entero de escaleras: el que conducía a los pisos de arriba.

Había cuatro cuerpos en el interior, uno de ellos partido en dos. Ningún cruzado a la vista, ni vivo ni muerto. Examinó los cadáveres desde su posición: dos mujeres y dos hombres. Nada señalaba que pertenecieran a ninguna agrupación o misterio. Todavía olía a magia caliente y pólvora; no podían llevar más de media hora muertos. Sopesó la idea de resucitar a alguno para conseguir información, pero la descartó al instante: no podía correr el riesgo de que el resucitado gritara y pusiera en alerta a los que estuvieran dentro.

Redobló la fuerza con que empuñaba el sable, se levantó y entró en el edificio. Ni sus pasos ni los de Winston levantaron eco alguno. Pasó entre los cuerpos y no pudo evitar pensar en el día en que había regresado a su pueblo tras buscar en vano a su padre. Aquella tarde también había caminado entre cadáveres. A cada paso que daba se encontraba con un rostro conocido: Köhli, Hikmat, su tío Jack, su madre...

«Calma. Guarda la calma. Adra. Utiliza el diafragma, hincha la barriga. Respira hondo y guarda la calma, la puta calma».

Cerró los ojos y una imagen enterrada en su cerebro se proyectó contra sus párpados. Ella, rodeada de perros muertos, pequeños galgos desmembrados, resplandecientes de sangre y entrañas. Se detuvo a medio paso. El corazón se le había disparado en el pecho.

«Cálmate, cálmate, cálmate». No podía perder el control. No aquí. Respiró desde el vientre, visualizó su respiración como una corriente lenta y cálida que recorría su cuerpo.

Cuando consiguió serenarse volvió a ponerse en marcha.

Bajó las escaleras despacio, con los ojos entrecerrados. También había cuerpos abajo, cuatro más. Uno de ellos era un cruzado; le habían cortado la cabeza. Las paredes también estaban recubiertas de runas. Era hechicería de

escudo y camuflaje, un intento burdo de mantener el lugar a salvo de demonios y curiosos. Todo aquel despliegue de arcanos señalaba que tenían a su disposición un gran caudal de magia.

En el centro de la sala, similar en tamaño a la de la planta de arriba, había una trampilla enorme, de dos por dos metros, abierta de par en par como un bostezo en la piedra. Huellas de sangre fresca conducían hasta las escaleras. Los cruzados habían seguido ese camino.

La joven se aproximó al hueco con Winston. El perro tenía el lomo escarpado y estaba visiblemente nervioso. Miró a Adra y luego a la trampilla, con los ojos muy abiertos. Luego se volvió otra vez hacia ella.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo mientras lo acariciaba.

Adra se aproximó a la trampilla y escrutó dentro. Los peldaños descendían hasta otro nivel inferior. Vislumbró una galería estrecha que se adentraba hacia el norte. Cerca de las escaleras había un puesto de radio sobre una mesa metálica y otro cadáver, tumbado sobre el aparato. La radio crepitaba, rodeada de polillas luminosas. Oyó un estampido seco en las profundidades, seguido de un rugido que no podía proceder de una garganta humana.

Examinó sus opciones. Lo más inteligente era esconderse arriba y aguardar a que los cruzados salieran por su propio pie, si salían. O al menos dar tiempo a que todo se calmara por ahí abajo. Cualquier cosa antes de meterse a ciegas en un lugar desconocido. Retrocedió y miró alrededor, buscando donde ocultarse. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que Winston no estaba con ella. Se había acercado todavía más a la trampilla. Parecía ansioso por bajar.

—No, Winston, no —susurró—. Ven aquí, ahora. Ven.

El galgo siempre obedecía. Esta vez no lo hizo.

Olfateaba la oscuridad, ansioso. Recorrió el borde de la trampilla de parte a parte, sin parar de olisquear. ¿Qué lo ponía tan nervioso? Se escuchó otro rugido procedente de las tinieblas. Winston se giró de nuevo hacia ella, le dedicó una mirada intensa, de esas que solo pueden dedicar los perros, y descendió las escaleras a la carrera.

Ella lo insultó en voz baja.

Ni siquiera se le cruzó por la cabeza la idea de abandonar a Winston a su suerte. Escupió al suelo y luego, espada en mano, se adentró en la oscuridad.